

# RAS TIMEDOUIN (2.305 mts.)

## MACIZO DU DJURJURA: ARGELIA

POR JAVIER NAGORE

En el transcurso de un viaje, realizado en el pasado noviembre, por Argelia he tenido ocasión de visitar la zona montañosa de la Kabilia, región a 150 km. de Argel y patria chica de los bereberes, tribus situadas y establecidas ya en el siglo X en las afiladas crestas que corren desde Babor al «oued» el Kebir; gentes celosísimas de su independencia e individualistas a ultranza, como buenos montañeses. Contingentes bereberes libraron los últimos combates contra los franceses, 1871 y 1875, precisamente en los crestones d'Icheriden, en esta Gran Kabilia. Posteriormente, ya en nuestros días, guerreros cabileños constituyeron fuertes núcleos de resistencia en la guerra por la independencia de la hoy República Democrática y Popular de Argelia.

Desde la capital, Argel, se divisa, en algunos días del año, la llamada «cadena del Djurjura» (pronúnciese «Churchura»), y sus dos picos mayores: el Lalla Khadidja (2.308 m.) y el Ras Timedouin (2.305 m.). Los prismáticos permiten divisar desde Argel los grandes farallones calizos. Al ponerse el sol, toman una coloración rosada que, rápidamente, pasa al naranja intenso, púrpura, azul índigo y negro. Uno de esos raros días de enorme visibilidad decidimos la excursión.

Para llevarla a cabo, para visitar la zona de montañas, era preciso conseguir un permiso oficial. El actual Embajador de España en Argelia, don José Luis Los Arcos y Elío, pamplonés, navarro de pró, gran amigo y montañero, con el que hice excursión y escalada, obtuvo la autorización, de las autoridades argelinas.

Salimos en coche el sábado día 20 de noviembre. A sesenta kilómetros de la capital se halla la ciudad de Tizzi Ouzou, centro de la Kabilia al que confluyen en los días de mercado los habitantes de los poblados y caseríos de la montaña cercana. Los pueblos se hallan situados en los propios filos de los montes —cadenas de colinas y montañas separadas por profundas barrancadas—, y están formados por casas pequeñas, en línea ininterrumpida, de colores marrón, pardo o rosado. Entre ellas, muy de vez en cuando, alguna mezquita, oratorio o simple morabito, blanquísimos, rodeados de verjas de hierro o paredillas blanqueadas.

Gran parte de los habitantes de la Kabilia se hallan occidentalizados; sin embargo, se ven entre gente labradora muchas muestras de los trajes de antaño: mujeres con corpiños y faldas listadas de vivísimo colorido; hombres con albornoces y chilabas, turbantes, bonetes y chechías, blancos, grises o rojos. Surgen estas gentes de las profundas barrancadas, suben por los empinados senderos hacia sus pueblos. Contrastan, en la tarde llena de sol, el verdor de acebuches, mirtos y adelfas, la rojiza arena de los caminos, los colores intensos de los vestidos de estas gentes. Las actitudes graves, los movimientos pausados, serenos, de las mujeres con haces de leña a sus espaldas o con ánforas de barro en los hombros; la cachaza y solemnidad de los hombres, a horcajadas en los pequeños boricos; el ligero polvo en la diaphanidad de la atmósfera; la cadena de montañas, ya muy cercana —telón de fondo azul fuerte para el aire dorado—, todo ello deja una gran sensación de paz en este paisaje encantador.

Parada en Benni Yenni, pueblo encaramado, como todos, en una cresta montañosa; trabajan en él reputados plateros. Desde siempre fueron los cabileños maestros en argentería; de este pueblo, de esta región, proceden esos brazaletes y ajorcas, esos anillos, esas fíbulas y cruces tuareg de pesada y labrada plata, en la que se incrustan corales, turquesas, ónices y esmaltes; joyas buscadas y vendidas no sólo en el Norte de Africa sino hasta en el mismo macizo del Hoggar, centro del Sahara argelino.

Hoy en día estos artífices se hallan, más o menos, socializados en sus trabajos. Se integran en una especie de Cooperativa de plateros, con talleres conjuntos y «mostra» primitiva. En ella exponen, además de sus típicos trabajos en plata, otros de la misma región: mantas de fina lana y vivos colores, magníficas en verdad.

Una buena ruta de aproximación a la cadena del Djurjura rodea a ésta al NE. La red de carreteras es buena y en perfecta conservación; todas las carreteras se hallan muy cuidadas. Una de éstas conduce hasta Bouire, poblado al pie mismo del macizo. En el Hotel de la población acuden a saludar al Embajador de España el Comisario y el Jefe de Policía del Distrito. Del Hotel de Bouira depende el Refugio de Tikidja («Tikicha») del que, mañana, pensamos iniciar la ascensión al Ras Timedouin. A partir del pueblo de Bouira —en ruta ya hacia el Refugio— la carretera se empina enormemente. Hay que ascender desde poco más de los cien metros sobre el nivel del mar a los 1.475 de Tikidja. Son 45 kms. de carretera de montaña, áspera y retorcida, muy bien proyectada. Pasamos las colinas redondeadas en la baja llanura; olivos, vides, campos de cultivo en los que se enmohece maquinaria agrícola muy moderna. Y es ya de noche cuando iniciamos los primeros contrafuertes del macizo del Djurjura. Deslumbrados por los faros del coche huyen delante de él, sucesivamente, un gerbo, o rata —canguro, de larguísimas patas y cola, animal saltarín típico del desierto sahariano; le siguen varias liebres y, por último, un auténtico chacal que se precipita atemorizado por una profunda barrancada.

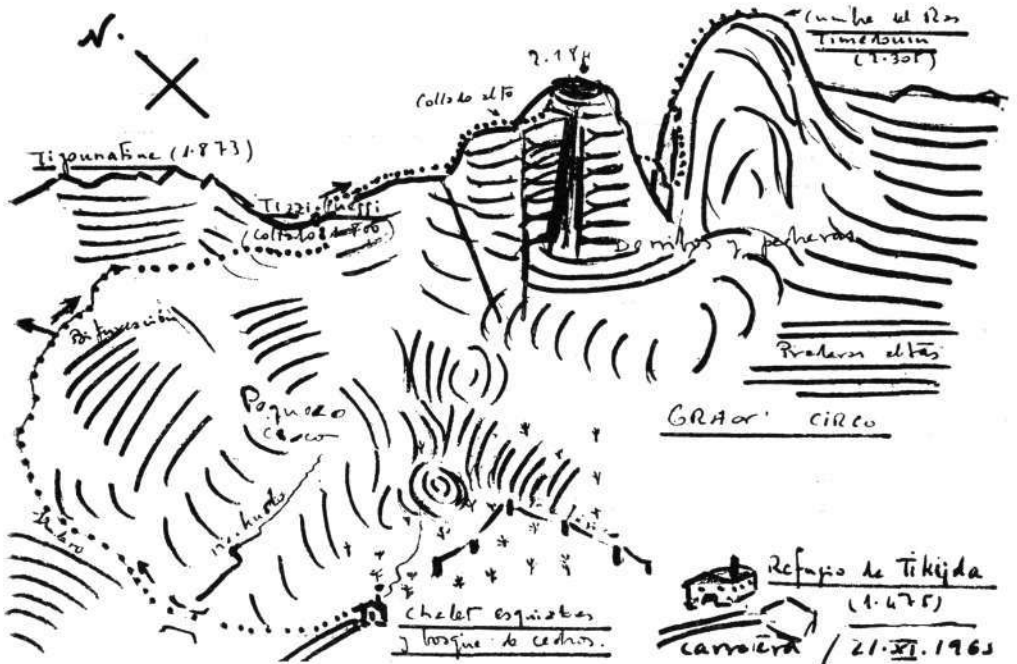
A los 25 kms. de subida constante, sobre los mil metros de altitud comienza la zona arbórea: bosques de cedros, de aspecto un tanto fantasmal esta noche sin luna ni estrellas. Y en un claro del bosque se halla situado el Refugio de Tikidja, refugio montañoso bastante parecido al de Bellevue o Belvedere, en el Cervino. Es casi un Hotel, en el que sirven comidas calientes, con habitaciones individuales. Cuando llegamos, a las 8 de la noche, nos dio la bienvenida una discordante y ruidosísima zarabanda escapada de un tocadiscos puesto a todo volumen, delicia de un grupo de «montañeros y montañeras yeyés», incansables bailarines.

En la madrugada del día 21 pudimos ver el circo de montañas en cuyo centro se halla emplazado Tikidja. Al SO. un gran crestón que desde el Lalla Khadidja —pirámide estupenda separada del resto del macizo por grandes paredones y profundas barrancadas— se extiende hasta el llamado «Petit Cervino», cuerno calizo que se divisa perfectamente desde Argel, a 150 kms. de distancia. En medio del circo una crestería, bastante uniforme en altitud —1.800 á 2.100 m.—, en la que sobresale el Ras Timedouin, al que nos dirigimos. Grandes pedreras y derribos al pie de las paredes; prados de yerba corta y gruesa; y, más abajo, las masas de los cedros, árboles de silueta atormentada, de azulado colorido, de aroma intenso; muchos de ellos cuentan varios cientos de años; los situados cerca de los verticales paredones, en las pedreras altas, están quemados pero vertica-

les a su vez; esqueletos de cedros, similares a los de los pinos fulminados por el rayo en los hoyones de Larra, en el Roncal. Las bombas «napalm» arrojadas por la aviación durante la guerra argelina —particularmente intensa en esta zona de la Kabilia— fueron las causantes de la muerte de muchos magníficos árboles.

Dos lugares de este circo montañoso —muy extenso y abierto—, tienen instalación de telesillas para la temporada de nieve. Uno de los telesillas, cruzado en nuestra subida, se halla bastante destrozado por la guerra.

Desde las ocho de la mañana estábamos dando vueltas por el bosque de cedros sin acertar con el acceso al collado que nos había parecido—visto desde el Refugio— el paso indicado para acceder a la crestería y, ya en ella, a la



cima. Alguno de los indígenas del lugar —pastor, leñador, no hubo modo de averiguarlo por la vestimenta: bonete de lana, pantalón europeo, destrozado capote militar—, nos indicó una trayectoria que «no» debíamos seguir: en determinadas zonas del circo —nos dijo— existían minas enterradas. No:otros queríamos subir pero no, naturalmente, antes de tiempo; por lo que dejando aquellos parajes boscosos, reanudamos la excursión —a las 9,45— desde un chalet en reparación, punto bastante más al Norte de lo que hubiéramos deseado.

Un camino bien trazado nos llevó rápidamente debajo del Tigounatin (1.873 m.), cumbre alargada que separa el collado de Tizzi Guessi de los contrafuertes del Petit Cervino. Inmediatamente por debajo de la crestería del Tigounatin el camino se bifurca. Hay que seguir el de la derecha —dirección SO.—, para bordear la crestería y alcanzar el collado bajo de Tizzi Guessi (unos 1.800 m.). A partir de este collado desaparece el camino.

El tiempo, hasta entonces sereno, con cielo despejado y viento blando del Sur, cambia bruscamente. Sube de las barrancadas una niebla fría y densa que nos envuelve muy pronto, y nos obliga a señalar con cairns la ruta de ascensión.

En el collado mismo, entre la cresta y las barrancadas al Oeste, nace o arranca una depresión muy señalada, a modo de ancho culoir de hierba —con matas espinosas y altos cardos—, el cual asciende pegado a la pared oeste del farallón rocoso de la cresta.

Habíamos alcanzado el Tizzi Guessi a las 11,15. Poco antes paramos unos momentos con dos pastorcillos kabilias a los que José Luis habló en árabe y a los que regalamos —gran gozo en sus morenas caritas— unos dátiles y terrones de azúcar. Nos dan las 12 en medio del culoir herboso, debajo mismo de un gran embudo de rocas graníticas. En el silencio de la montaña, entre la niebla de la que se desprendían frías gotas, en medio de estas sierras argelinas, saludamos a la Virgen con el Angelus.

El culoir, largo y pendiente —similar al que separa el Aspe del Pico de la Garganta, entre Candanchú y el Valle de Aisa—, desemboca en un collado alto, divisorio de las vertientes Este y Oeste, al cual collado llegamos a las 12,35. Desde él divisamos —por entre los claros de niebla— toda la Kabilia, incluso el poblado de Benni Yenni que dejamos ayer. La cima del Lalla Khadidja se envuelve en blancas y gordas nubes de tormenta; ochocientos metros más abajo —a nuestros mismos pies— el circo que rodea Tikidja, el propio Refugio y el chalet entre los chavales del bosque de cedros; mucho más allá, en la llanura parda, Bouira, a 50 km. de distancia; por la parte del mar grandes masas de oscuras nubes.

Corto descanso en el collado alto. Enseguida, por una arista muy marcada de peñas y tierra, estrecha, con buenas presas de roca compacta y dura —cosa poco frecuente en las calizas—, llegamos a la cima baja del Ras Timedouin (2.184 m.), a las 13 horas. La niebla, muy densa de nuevo, desprende copos de nieve. En el crestón hacia la cima placas de hielo y pequeños neveros hacen que subamos con algún cuidado. Las vertientes se precipitan a uno y otro flanco de la arista en la que entre las formaciones calizas —grandes peñas pulidas— afloran rocas basálticas de intenso color ocre. El frío se hace sentir y dejamos la cima después de elevar un pequeño cairn y depositar en él nuestras tarjetas: Club Deportivo Navarra.

Abandonamos la cima a las 14 horas; luego de un descenso sin más historia que la de nuestra preocupación y cuidado de no perdernos entre la niebla, llegamos al chalet y al coche a las 15,30. Poco después nos hallamos de nuevo en el Refugio de Tikidja; continuaba la música, seguían los bailarines; dos o tres montañeros sensatos comían despaciosamente su sopa, atendidos —como lo fuimos nosotros— por un amable camarero de negra tez y aspecto núbida, que hablaba un francés cerrado, oscuro asimismo, casi gorgoteante.

Inolvidables días los pasados en la Kabilia, en su macizo del Djurdjura —al que denominan también la «Pequeña Suiza Africana»—, en sus cimas en las que durante unas horas pusimos el corazón. «Ascensiones in corde suo disposuit». Los montañeros ponemos el corazón en las cumbres; cualquier cumbre despierta en nosotros la nostalgia. Y así, hombres —bereberes, iberos— y geografía —atormentada y dura— nos recordaron a España.